

Me quedo aquí

NEFELIBATA



MARCO BALZANO

Me quedo aquí

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

A Riccardo

«Una historia no perdura más que en la ceniza.»

Montale

Primera parte
Los años

Capítulo uno

No sabes nada de mí y, sin embargo, sabes mucho porque eres mi hija. El olor de la piel, el aliento cálido, los nervios tensos..., todo eso te lo he dado yo. Así que te hablaré como a alguien que me ha visto por dentro.

Soy capaz de describirte hasta en el último detalle. Es más, algunas mañanas en que hay mucha nieve y la casa está envuelta en un silencio que corta la respiración, me vienen a la mente nuevos detalles. Hace un par de semanas me acordé de un pequeño lunar que tenías en el hombro y que siempre me señalabas cuando te bañaba en la tina. Te obsesionaba. O aquel tirabuzón detrás de la oreja, el único en tu melena de color miel.

Las pocas fotografías que conservo las saco con muchas reservas, pues con el tiempo me he vuelto de lágrima fácil. Y no soporto llorar. No soporto llorar porque es de idiotas y porque no me consuela. Lo único que hace es agotarme, quitarme las ganas hasta de comer o de ponerme el camisón antes de meterme en la cama. Y no, hay que cuidarse, apretar los puños incluso cuando la piel de las manos se llena de manchas. Luchar sea como sea. Eso es lo que me enseñó tu padre.

Durante todos estos años, siempre me he imaginado como una buena madre. Segura, brillante, cordial..., adjetivos que desde luego no encajan conmigo. En el pueblo aún me llaman señora maestra, pero me saludan de lejos. Saben que no soy precisamente una persona afable. A veces me acuerdo de un juego que solía poner en práctica con los niños de primer curso: «Dibujad el animal al que más os parecéis», les proponía. Yo ahora dibujaría una tortuga con la cabeza oculta bajo el caparazón.

Me gusta pensar que no habría sido una madre dominante. Jamás te habría preguntado –como hacía mi madre– quién era este o el otro, si solo era una historia pasajera o si pensabas prometerte. Aunque a lo mejor solo es otra de las mentiras que me cuento a mí misma: si hubieras estado aquí, posiblemente te habría acribillado a preguntas y te habría mirado de reojo a cada respuesta evasiva. A medida que pasan los años, dejamos de creernos mejores que nuestros padres. Y si me pongo a comparar ahora, tengo una clara desventaja. Tu abuela era una mujer hosca y severa, tenía ideas claras sobre todo, no le costaba distinguir el blanco del negro y no tenía problemas en cortar por lo sano. Yo, en cambio, me perdía en una escala de grises. Según tu abuela, la culpa la tenían los estudios. A las personas instruidas las consideraba, en general, inútilmente complicadas. Gandules, sabihondos, especialistas en buscarle tres pies al gato... Yo, en cambio, creía que el mayor saber, sobre todo para las mujeres, eran las palabras. Hechos, historias, fantasías..., lo que contaba era desearlas y atesorarlas, para cuando la vida se complicaba o se volvía estéril. Creía que las palabras podrían salvarme.

Capítulo dos

Los hombres siempre me han traído sin cuidado. La idea de que tuvieran algo que ver con el amor me parecía absurda. Para mí, solo eran individuos demasiado torpes, demasiado peludos o demasiado rudos. Y, a veces, las tres cosas a la vez. Por aquí todos tenían un trozo de tierra y unos cuantos animales, y aquel era el olor que se les pegaba a la piel. A establo y a sudor. Si tenía que imaginarme haciendo el amor con alguien, mejor con una mujer. Mejor los pómulos marcados de una muchacha que la piel rasposa de un hombre. Pero mejor aún estar sola que tener que dar explicaciones a nadie. En realidad, no me habría importado meterme a monja. La idea de aislarme del mundo me entusiasmaba más que la de formar una familia. Pero Dios siempre fue un concepto demasiado difícil y, cuando pensaba en él, me perdía.

El único hombre en el que me he fijado en esta vida es Erich. Lo veía pasar al amanecer, con la gorra calada y, ya a aquellas horas, un cigarrillo entre los labios. Siempre quería asomarme a la ventana para saludarlo, pero si la hubiese abierto, madre habría notado el frío y me habría gritado al momento que la cerrara.

–¿Es que te has vuelto loca, Trina? –me habría chillado.

Madre siempre chillaba. Y de todas formas, por mucho que yo me hubiera decidido a abrir la ventana, ¿qué le habría dicho a Erich? A los diecisiete años, yo era tan torpe que sin duda me habría puesto a tartamudear. Así que me limitaba a observarlo mientras él se alejaba hacia los bosques y *Grau*, su perro de pelaje manchado, azuzaba el rebaño. Cuando estaba con las vacas, Erich caminaba tan despacio que parecía prácticamente inmóvil. Entonces yo bajaba la cabeza hacia los libros, convencida de que al volver a levantarla él seguiría en el mismo sitio, pero cuando miraba de nuevo Erich ya no era más que un punto lejano al final de la calle. Debajo de los alerces que ya no están.

Aquella primavera me descubría demasiado a menudo con los libros abiertos y el lápiz en la boca, pensando en Erich. Cuando madre no estaba trajinando a dos pasos de mí, le preguntaba a padre si la vida de los campesinos era una existencia de ensueño. Después de haber cultivado el huerto, podían irse a los prados con sus animales, sentarse en una roca y contemplar en silencio el río que fluía plácidamente desde hacía muchos siglos, y el cielo frío que no se sabía dónde terminaba.

–Los campesinos pueden hacer todo eso, ¿verdad, padre?

Padre se reía con la pipa entre los dientes.

–Pregúntale a ese muchacho al que espías todas las mañanas desde la ventana si cree que el suyo es un trabajo de ensueño...

ME QUEDO AQUÍ

La primera vez que hablé con Erich fue en el patio de la granja. Padre era carpintero en Resia, pero nuestra casa también parecía un taller. Era siempre un ir y venir de vecinos que necesitaban alguna reparación. Cuando se marchaban las visitas, madre se quejaba de que nunca podíamos estar tranquilos. Y entonces padre, incapaz de callarse las cosas, le contestaba que no entendía de qué se quejaba porque para un comerciante ofrecer una copita o charlar con alguien también formaba parte del trabajo. De hecho, es así como se gana la clientela, decía. Para zanjar la discusión, madre le tiraba a padre de la nariz bulbosa.

–Se te ha puesto más grande –le decía.

–¡Y a ti se te ha puesto más grande el culo! –contraatacaba él.

Era entonces cuando madre se enfadaba.

–¡Me he casado con un majadero! –decía, y le lanzaba un trapo.

Padre se reía con sarcasmo y le arrojaba el lápiz, y ella otro trapo y él otro lápiz. Lanzarse cosas el uno al otro era su forma de demostrarse amor.

Aquella tarde, Erich y padre estaban fumando y contemplaban con los ojos entornados las nubes posadas sobre el Ortles. Padre nos dijo que lo esperaríamos un momento, que iba a buscar un vasito de grapa. En lugar de hablar, Erich alzaba el mentón y me dedicaba sonrisas apagadas, con una confianza en sí mismo que me hacía sentir pequeña.

–¿De qué trabajarás cuando termines los estudios? ¿De maestra? –me preguntó.

–A lo mejor sí. O a lo mejor me voy muy lejos de aquí –le respondí, aunque solo por decir una frase que me hiciera parecer mayor.

Al escuchar esas palabras, se le ensombreció de inmediato el rostro. Dio una larga calada al cigarrillo y a punto estuvo de quemarse los dedos con la brasa.

–Yo no quiero irme nunca de Curon –dijo, mientras señalaba el valle.

Entonces lo miré como una niña que se ha quedado sin palabras y él me acarició la mejilla a modo de saludo.

–Dile a tu padre que la grapa ya me la tomaré otro día.

Asentí con la cabeza, porque no sabía qué otra cosa decir. Apoyé los codos en la mesa y lo observé mientras se alejaba. De vez en cuando me volvía a mirar hacia la puerta porque temía que madre apareciese de repente. A veces, el amor te hace sentir como una ladrona.

Capítulo tres

En la primavera de 1923, me estaba preparando para el examen de bachillerato. Mussolini había esperado justo a mi diploma para dismantelar la escuela. El año anterior había tenido lugar la marcha sobre Bolzano y los fascistas habían arrasado la ciudad. Habían incendiado edificios públicos, habían pegado a los habitantes, habían expulsado por la fuerza al burgomaestre y, como siempre, los *carabinieri* se habían limitado a mirar. Si ellos, y el rey, no se hubieran quedado de brazos cruzados, el fascismo no habría existido. Aún hoy me revuelve el estómago pasear por Bolzano. Todo me parece hostil. Las huellas del periodo fascista son tantas que al verlas me acuerdo de Erich y pienso que se consumiría de la rabia.

Hasta aquel momento, y sobre todo en estos valles fronterizos, la vida transcurría al ritmo de las estaciones. Era como si la historia no llegara hasta aquí, como si fuera un eco que se pierde. La lengua era el alemán; la religión, la cristiana; el trabajo, el de los campos y los animales. No era necesario decir nada más para comprender a estas gentes de montaña de las cuales tú también formas parte, aunque solo sea porque naciste aquí.

Mussolini hizo cambiar el nombre de las calles, de los arroyos, de las montañas... Aquellos asesinos incluso fue-

ron a incordiar a los muertos, cambiando las inscripciones de las lápidas. Italianizaron nuestros nombres y cambiaron los letreros de nuestras tiendas. Nos prohibieron llevar nuestra ropa tradicional. De la noche a la mañana, en clase nos encontramos con maestros vénetos, lombardos, sicilianos... No nos entendían, ni nosotros a ellos. Aquí, en el Tirol del Sur, el italiano era una lengua exótica que se oía de vez en cuando en algún gramófono o cuando pasaba por aquí algún comerciante de Vallarsa que cruzaba el Trentino para ir a vender a Austria.

Tu nombre es tan especial que enseguida quedaba grabado, pero para quien no lo recordaba siempre eras la hija de Erich y Trina. Decían que tú y yo nos parecíamos como dos gotas de agua.

–Si se pierde, ¡seguro que te la llevan a casa! –farfullaba el panadero.

Siempre te saludaba haciendo muecas con aquella boca desdentada que tenía, ¿te acuerdas? Si íbamos por la calle y te llegaba el aroma de las hogazas de pan, me tirabas de la mano y me llevabas a comprarte una. Nada en el mundo te gustaba más que el pan recién hecho.

Conocía a los habitantes de Curon uno por uno, pero mis únicas amigas eran Maja y Barbara. Ahora ya no viven aquí. Se marcharon hace muchos años y ni siquiera sé si aún viven. Estábamos tan unidas que fuimos a la misma escuela. Al Instituto de Magisterio no podíamos ir porque estaba demasiado lejos, pero íbamos a Bolzano una vez al año para presentarnos a los exámenes y, para nosotras, era

ME QUEDO AQUÍ

una gran aventura. Paseábamos entusiasmadas por la ciudad, pensando que por fin veíamos el mundo más allá de los pastos y las montañas: edificios, tiendas, calles abarrotadas...

Maja y yo teníamos verdadera vocación de maestras y no veíamos el momento de entrar en nuestra propia clase. A Barbara, en cambio, le hubiera gustado más ser modista, pero se había matriculado en el instituto, decía, «porque así estaremos juntas más tiempo». En aquella época, era mi sombra. Pasábamos el tiempo acompañándonos mutuamente a casa. Delante de la puerta de la granja, la una le decía a la otra: «Va, aún es de día, te acompaño yo».

Dábamos larguísimos rodeos, bordeando el río o la linde del bosque, y recuerdo que durante aquellos paseos Barbara siempre me decía:

–Si yo tuviera tu carácter...

–¿Por qué? ¿Qué carácter tengo?

–No sé, tienes las ideas claras, sabes adónde quieres llegar. A mí, en cambio, me confunde todo y siempre busco a alguien que me lleve de la mano.

–Pues a mí no me parece que ser como soy me sirva de gran cosa.

–Eso lo dices porque eres bastante difícil de contentar.

–En fin –decía yo, encogiéndome de hombros–, cambiaría ahora mismo mi carácter por ser tan guapa como tú.

Y entonces ella sonreía y, si no había nadie por allí cerca, o si ya empezaba a oscurecer, me daba un beso y me decía palabras dulces que ya no recuerdo.

Con la llegada del *duce*, quedó claro que corríamos el riesgo de quedarnos sin trabajo porque no éramos italianas, así que nos pusimos las tres a estudiar el idioma con la esperanza de que así nos contrataran. Las tardes de aquella primavera las pasamos a orillas del lago con nuestros libros de gramática. Quedábamos después de comer y alguna de las tres llegaba siempre con la fruta envuelta en una servilleta o masticando aún el último bocado.

–¡Ahora, basta de hablar en alemán! –decía yo, para poner un poco de orden.

–Yo quería ser maestra, pero no en la lengua de otros –decía Maja, mientras le daba golpes a su cuaderno lleno de borrones.

–Y yo que quería diseñar vestidos, ¿qué? –saltaba entonces Barbara.

–Oye, que lo de ser maestra no te lo ha recetado el médico, ¿eh? –le replicaba Maja.

–Serás víbora... ¿Qué significa eso de que no me lo ha recetado el médico? –protestaba, mientras se recogía en una cola aquella larga melena de cabellos rubios que siempre acababan en todas partes.

Luego empezaba otra vez con la historia de que teníamos que irnos a vivir las tres juntas, sin casarnos con nadie.

–Hacedme caso, ¡si nos casamos, acabaremos convertidas en siervas! –concluía, convencida.

Cuando volvía a casa, me iba a dormir enseguida. Siempre ansiaba la soledad. Me metía en la cama y me quedaba allí pensando, en la húmeda oscuridad de la habitación. Pensaba que, me gustara o no, me estaba haciendo mayor

ME QUEDO AQUÍ

y eso me turbaba. No sé si tú también has tenido esos miedos o si más bien te pareces a tu padre, que contemplaba la vida como si fuera un río. Cuando se aproximaba un cambio, ya fuera el diploma o el matrimonio, yo sentía puntualmente la necesidad de huir y enviarlo todo al garete. ¿Por qué vivir debe significar necesariamente avanzar? Incluso cuando te parí pensé: «¿Por qué no puedo quedármela aquí dentro un poco más?».

En mayo, Maja, Barbara y yo nos veíamos incluso entre semana. No como en años anteriores, que solo nos veíamos de vez en cuando o los domingos en misa. Practicábamos aquella lengua extraña con la esperanza de que los fascistas tuvieran en cuenta nuestro esfuerzo y nuestros diplomas. Pero como en el fondo ni siquiera nosotras nos los creíamos, en lugar de estudiar gramática formábamos un corrillo para escuchar los discos de música italiana que tenía Barbara.

*Un bacio ti darò
Se qui ritornerai
Ma non ti bacerò
Se alla guerra partirai**

Una semana antes del examen escrito, padre me dio permiso para quedarme a dormir en casa de Barbara. Tuve que insistir mucho, pero al final me salí con la mía.

* Un beso te daré / si a casa vuelves / pero no te besaré / si a la guerra te vas. (N. de la T.)

–Muy bien, niña, yo te dejo ir a casa de tu amiga, pero tú me traes unas notas estupendas.

–¿Y para ti qué son unas notas estupendas? –le pregunté, después de darle un beso en la mejilla.

–Bueno, ¡pues una media de diez! –dijo él, al tiempo que abría las manos.

Madre, que estaba sentada a su lado zurciendo los calcetines, asintió. Cuando madre tenía un minuto de tiempo, lo dedicaba a zurcir calcetines, porque si tienes frío en los pies, decía, tienes frío en todo el cuerpo.

No saqué, sin embargo, la nota más alta. Fue Maja quien nos invitó a tomar algo y preparó la tarta, como nos habíamos prometido al empezar las clases. Aunque, según Barbara, había sacado un diez porque su profesor era un cerdo que no hacía más que mirarle el pecho.

–¡Y yo he sacado un siete porque solo tengo estas manzanitas! –protestó Barbara, al tiempo que empujaba los senos hacia fuera y los sopesaba con ambas manos.

–¡Tú has sacado un siete porque eres burra! –le respondió Maja.

Y, de inmediato, Barbara se abalanzó sobre ella y rodaron las dos sobre la hierba. Yo me eché a reír y las contemplé con los ojos entornados, para protegerlos de la luz del sol.